

Madrid, porque allí había caído en un círculo de cazadores que le tenían mareado y aburrido con la *perra pachona*, el *hurón*, y con *que si la perdiz venía ó no venía al reclamo*. No sabía aún á qué *local* mudarse; pero probablemente sería al Suizo Viejo, donde iban Federico Ruiz y otros chicos atrozmente panteistas. De los antiguos cofrades sólo iban á *Madrid* D. Basilio, insufrible con su ministerialismo, Leopoldo Montes y el *Pater*. Pero éste se marcharía aquella misma noche á Cuevas de Vera, su pueblo, á trabajar las elecciones de Villalonga. También charló Juan Pablo de política, diciendo con mucho *tupé* que el Gobierno *estaba de cuerpo presente*, y que la situación duraría... á todo tirar, á todo tirar, tres ó cuatro meses.

VIII

La primera vez que D. Evaristo visitó á su dama después de esta entrevista, abrazóla gozoso, y le dijo: «Albricias... vamos bien, vamos bien.»

—¿Pero qué... qué hay? ¿Buenas noticias?

—Oro molido; mejor dicho, excelentes impresiones. Tu marido...

—¿Le ha visto usted?

—No he tenido esa satisfacción. Pero me han contado de él una cosa que es en extremo favo-

nable. Te lo diré para que no caviles. Maximiliano se ha dedicado á la filosofía...

Fortunata se quedó mirando á su amigo sin saber qué expresión tomar. No veía la tostada, ni sabía en rigor lo que era la filosofía, aunque sospechaba fuese una cosa muy enrevesada, incomprendible y que vuelve *gills* á los hombres.

—No me llama la atención que te quedes con la boca abierta. Ya irás comprendiendo... ¡Se da unos atracones de filosofía! Y me parece que dijo Juan Pablo que era filosofía espiritualista...

—¡Ah!... ¿De esos que hablan con las patas de las mesas? ¡Alabado sea...!

—No, esos no. Pero estamos de enhorabuena: cualquiera que sea la secta ó escuela que le sorbe el seso á tu marido, tenemos ya noventa y seis probabilidades contra cuatro de que te recibe con los brazos abiertos. Tú lo has de ver.

Fortunata dudaba que esto fuera así. La partida que ella le había jugado á Maxi era demasiado serrana para que éste la olvidara por lo que dicen los libros. Al otro día entró el simpático amigo más alegre y excitado. Su proyecto llegó á dominarle de tal modo, que no sabía pensar en otra cosa, y de la mañana á la noche estaba dando vueltas al tema. Había mejorado mucho de salud, y al mismo tiempo no ponía tanto cuidado como antes en el adorno de su persona. Desde que tomara con tanto cariño las funciones paternas, se había dejado toda la

barba, usaba hongo y una gran bufanda alrededor del cuello. Salía á sus diligencias en coche simón por horas. Cuando la prójima le vió entrar aquel día con el sombrero echado hacia atrás, los ojos chispeantes, los movimientos ágiles, comprendió que las noticias eran buenas. «Con estos alegrones—dijo él abrazándola—se rejuvenece uno. Chulita, otro abrazo, otro. Ven-go de hablar con la mismísima doña Lupe *la de los Pavos.*» Fortunata se asustó sólo de oír el nombre de su tía política.

«Impresiones muy buenas...—añadió el diplomático.—Ha empezado por abuecar la voz y por negarse á proponer la reconciliación. Pero mientras más cerdea ella, más claro veo yo que hará lo que deseamos. ¡Oh!, entiendo bien á mi gente. También ésta tiene sus filosofías pardas, y á mí no me la da. Conozco las callejuelas de la naturaleza humana mejor que los rincones de mi casa. Doña Lupe está deseando que vuelvas; pero deseándolo, para que lo sepas. Se lo he conocido en la cara y en el modo de decir que no... Yo no sé si te he contado que en un tiempo, á poco de enviudar, tuvo sus pretensiones respecto á mí... Pretensiones honestas... Decía la muy fatua que yo le paseaba la calle. ¿Crearás que se le descompona la cara siempre que me ve?»

Fortunata soltó la carcajada. «Dime, ¿y cuando te pretendía, ya le habían cortado el pecho que le falta?»

—Pues no lo sé. Por mí que le cortaran los dos... En fin, chica, que esto marcha. Yo le dije que si había reconciliación vivirías con ella, pues yo estimaba muy conveniente esta vida común. Tan hueca se puso al oírme decir esto, que aún creo que le nació un pecho nuevo... Oye lo que tienes que hacer cuando esto se realice: Yo te daré una cantidad que le entregarás á ella el primer día, suplicándole que te la coloque. Te niegas á admitirle recibo. Nada le gusta tanto como que tengan confianza en ella en asuntos de dinero... ¡Ah!... leo en ella como leo en ti. ¿No ves que la traté bastante en vida de Jáuregui, que, entre paréntesis, era un hombre excelente? Ya te daré una lección larga sobre el tole tole con que debes tratarla, una mezcla hábil de sumisión é independencia, haciéndole una raya, pero una raya bien clarita, y diciéndole: «de aquí para allá manda usted; de aquí para acá estoy yo...» Ahora la tecla que me falta tocar es tu marido. He hablado pocas veces con él, apenas le trato; pero no importa...

La mejoría se acentuó tanto, que D. Evaristo atrevióse á salir de noche, y lo primero que hizo fué ir en busca de Juan Pablo. No le encontró en el Suizo Viejo. Allí estaban Villalonga, Juanito Santa Cruz, Zalamero, Severiano Rodríguez, el médico Moreno Rubio, Sánchez Botín, Joaquín Pez y otros, que tenían constitui-

da la más ingeniosa y regocijada peña que en los cafés de Madrid ha existido. Habían hecho un reglamento humorístico, del cual cada uno de los socios tenía su ejemplar en el bolsillo. De aquellas célebres mesas habían salido ya un ministro, dos subsecretarios y varios gobernadores. Aunque era amigo de algunos, no quiso Feijóo acercarse, y se fué á una mesa lejana. Junto á él, los ingenieros de Caminos hablaban de política europea, y más acá los de Minas disputaban sobre literatura dramática. No lejos de éstos, un grupo de empleados en la Contaduría central se ocupaba con gran calor de pozos artesianos, y dos jueces de primera instancia, unidos á un actor retirado, á un empresario de caballos para la Plaza de Toros y á un oficial de la Armada, discutían si eran más bonitas las mujeres *col. polison* ó sin él. Después llamó la atención de D. Evaristo la facha de un hombre que iba por entre las mesas, el cual sujeto más bien parecía momia animada por arte de brujería. «Yo conozco esta cara—se dijo Feijóo.—¡Ah!, ya: es el que llamábamos *Ramsés II*, el pobre Villaamil que sólo necesita dos meses para jubilarse.» Acercóse tímidamente este desgraciado á Villalonga, que ya estaba levantado para marcharse; y en actitud cohibida, echando los ojos fuera del casco, le habló de algo que debía de ser los maldecidos dos meses. Jacinto alzaba los hombros, respondiéndole

con benevolencia quejumbrosa. Parecía decirle: «Yo, ¡qué más quisiera!... He hecho todo lo posible... Veremos... He dado la nota... Crea usted que por mí no queda... Si, ya sé, dos meses nada más...» Un instante después *Ramsés II* pasó junto á D. Evaristo, deslizándose por entre las mesas y sillas como sombra impalpable. Llamóle por su nombre verdadero Feijóo, y acercóse el otro á la mesa, inclinando, para ver quién le llamaba, su cara amarilla, quemada por el sol de Caba y Filipinas. Se reconocieron. Villaamil, invitado por su amigo, dobló su esqueleto para sentarse, y tomó café... con más leche que café... «¡Ah! ¿Buscaba usted á Juan Pablo? Pues del salto se ha ido al café de Zaragoza. Dice que le cargan los ingenieros...»

Como le convenía retirarse temprano, no fué D. Evaristo aquella noche al indicado café. Las nueve serían de la siguiente cuando entró en el establecimiento de la Plaza de Antón Martín, que lleno de gente estaba, con una atmósfera espesa y sofocante que se podía mascar, y un ensordecedor ruido de colmena, bulla y ambiente que soportan sin molestia los madrileños, como los herreros el calor y estrépito de una fragua. Desembozándose avanzó el anciano por la tortuosa calle que dejaran libre las mesas del centro, y miraba á un lado y otro buscando á su amigo. Ya tropezaba con un mozo cargado de *servicio*, ya su capa se llevaba la toquilla de una

cursi; aquí se le interponía el brazo del vendedor de *Correspondencias* que alargaba ejemplares á los parroquianos, y allá le hacían barricada dos individuos gordos que salían ó cuatro flacos que entraban. Por fin, distinguió á Juan Pablo en el rincón inmediato á la escalera de caracol por donde se sube al billar. Acompañábanle en la misma mesa dos personas: una mujer bastante bonita, aunque estropeada, y un joven en quien al pronto reconoció D. Evaristo á Maximiliano. Los dos hermanos sostenían conversación muy animada. La *individua* era el amor de Juan Pablo, una tal Refugio, personaje de historia, aunque no histórico, de cara graciosa y picante, con un diente de menos en la encía superior. Feijóo no la había visto nunca, ni el filósofo de café acostumbraba presentarse en público en compañía de aquella Aspasia, por cuya razón quedóse Rubín un tanto cortado al ver á su amigo.

Maximiliano saludó á D. Evaristo, preguntándole con mucho interés por su salud, á lo que respondió el anciano con mucha viveza: «Ya ve usted... *Cinco* meses llevo así... Un día caigo, otro me levanto... ¡*Cinco* meses!... Nada, que viene un día en que la máquina dice: «hasta aquí llegamos, compañero», y no se empeñe usted en remendarla ni echarle aceite. Que no anda, y que no anda, y se tiene que parar.»

—Pero ¿qué es lo que usted tiene?—preguntó Maximiliano con presunción de médico no-

vel ó de boticario incipiente, que unos y otros se desviven por ser útiles á la humanidad.

—Que ¿qué tengo? ¡Ah!, una cosa muy mala. La peor de las enfermedades. ¡Setenta años! ¿Le parece á usted poco?

Todos se echaron á reír.

—Me ha dicho mi hermano—añadió Maxi,—que digiere usted mal.

—Cinco meses lleva mi estómago de indisciplina—replicó el ladino viejo, que quería sin duda meterle á Maxi en la cabeza aquello de los cinco meses.—Ya no le hago caso. Me he rendido, y espero tranquilo el *cese*.

—Si quiere usted, le haré un preparado de peptona.

—Gracias... Veremos lo que dice mi médico.

—Poco mal y bien quejado—afirmó el otro Rubín, dándole palmadas en el hombro.

—Pero ustedes estaban hablando de algo que debía de ser interesante—dijo Feijóo.—Por mí no se interrumpen.

—Estábamos... pásmese usted... en las regiones etéreas.

—Nada, es que me quiere convencer—manifestó Maximiliano con calor—de que todo es fuerza y materia. Yo le digo una cosa: «pues á eso que tú llamas fuerza, lo llamo yo espíritu, el Verbo; el querer universal; y volvemos á la misma historia, al Dios uno y creador y al alma que de él emana.

Don Evaristo, en tanto, miraba á Refugio, examinándole el rostro, la boca, el diente menos. La muchacha sentía vergüenza de verse tan observada, y no sabía cómo ponerse, ni qué dengues hacer con los labios al llevarse á ellos la cucharilla con leche merengada.

—Eso, eso... por ahí duele—dijo el ex-coronel, arrimándose al partido de Maximiliano.—¡El alma!... Estos señores materialistas creen que con variar el nombre á las cosas han vuelto el mundo patas arriba.

—Pero si ya te he dicho...—argüía sofocado Juan Pablo.

—Déjame que acabe...

—No es eso... ¡qué cuña!

—Volvemos á lo mismo. ¿No me conozco yo en mí, uno, consciente, responsable?

—¡Otra te pego! Pero ven acá...

—Aguarda. Si yo me reconozco íntimamente en la substancia de mi yo...

Se expresaba con exaltación sin dejar meter baza á su hermano, y éste, en cambio, no se la dejaba meter á él, y simultáneamente se quitaban la palabra de la boca.

—Espérate un poco... no es eso.

—Allá voy... Yo vivo en mi conciencia por mí y antes y después de mí.

—¡Ah!, pero lo primero es distinguir... Mira...

—¡Buen par de chiflados estáis los dos!—dijo para sí D. Evaristo mirando con curiosi-

dad el portillo que en la dentadura tenía Refugio.

—¡Dale, bola!...—replicó Maxi.—Si no es eso... Yo, ¿soy yo?... ¿Me reconozco como tal yo en todos mis actos?

—No: yo no soy más que un accidente del concierto total; yo no me pertenezco, soy un fenómeno.

—¡Que yo soy un fenómeno!... ¡Ave-María Purísima, qué disparate!

—Estás tú fresco... Lo permanente no soy yo, ¡qué cuña! es el conjunto... Yo lo reconozco así en el fenómeno pasajero de mi conocimiento.

¡Y estas cosas se decían en el rincón de un café, al lado de un parroquiano que leía *La Correspondencia* y de otro que hablaba del precio de la carne! En una de las mesas próximas había un grupo de individuos que tenían facha de matuteros ó cosa tal. A la derecha veíanse dos cursis acompañadas de una buscona y obsequiadas por un señor que les decía mil tonterías empalagosas; enfrente una trinca en que se disputaba acerca de Lagartijo y Frascuelo, con voces destempladas y manotazos. Y por la escalera de caracol subían y bajaban constantemente parroquianos, dando patadas que más bien parecían coces; y por aquella espiral venían rumores de disputa, el chasquido de las bolas de billar y el canto del mozo que apuntaba.

—Si se me permite dar una opinión—dijo

Feijóo, que empezaba á marearse con tanto barullo,—voto con el pollo.

En esto sonó el piano, que se alzaba sobre una tarima en medio del café, con la tapa triangular levantada para que hiciera más ruido; y empezó la tocata, que era de piano y violín. La música, los aplausos, las voces y el murmullo constante del café formaban un run-run tan insoportable, que el buen D. Evaristo creyó que se le iba la cabeza y que caería redondo al suelo si permanecía allí un cuarto de hora más. Decidió retirarse, descontento de no haber encontrado solo á Juan Pablo, pues delante del farmacéutico no podía hablar del espinoso asunto que entre manos traía. Su enojo se trocó en alegría cuando Maxi, al verle en pie, dijo que él también se iba, porque era hora de volver á su farmacia. Salieron, pues, juntos, y antes de llegar á la puerta vió el anciano que le cortaba el paso una figura macilenta y sepulcral. Era *Ramsés II*, que venía en busca suya. «Señor D. Evaristo, por Dios, hable usted de mí al Sr. de Villalonga», le dijo la momia, interponiéndose como si no quisiera darle paso sino á cambio de una promesa.

—Se hará, compañero, se hará; hablaremos á Villalonga—dijo D. Evaristo embozándose;—pero ahora estoy de prisa... no puedo detenerme... Hijo, vamos.

Y abriéndose paso, salió con el chico de Rubín.

IX

Al cual dijo en la puerta: —¿Hacia dónde va usted con su cuerpo?

—¿Yo? A la calle del Ave María.

—¡Qué casualidad! Yo llevo esa dirección. Iremos juntos... Deje usted que me emboce bien... Ahora deme usted el brazo. Las piernas no me ayudan. Ya se ve... cinco meses... cabalitos... fijese usted bien... sin digerir. No sé cómo estoy vivo. Desde Octubre del año pasado no levanto cabeza... ¡Pero qué ideas las de Juan Pablo! Parece mentira... ¡un muchacho de entendimiento!... Usted sí que sabe por dónde anda. Sí; no espere usted á llegar á viejo y á ver de cerca la muerte para creer que somos algo más que montoncitos de basura animados por fuerza semejante á la electricidad que hace hablar á un alambre. Eso se deja para los tontos y perdularios, para la gente que no piensa. Usted está en lo firme, y será capaz de acciones nobles, de acciones que, por lo mismo que son tan elevadas, no están al alcance del vulgo.

No comprendía Maximiliano á cuenta de qué era aquello; pero tenía su espíritu admirablemente dispuesto para recibir toda sutileza que se le quisiera echar; estaba hambriento de cosas ideales, y la meditación, el estudio y la soledad

habíanle dado una receptividad asombrosa para todo lo que procediera del pensamiento puro. Por esta causa, sin entender de qué se trataba, contestó humildemente: —Tiene usted mucha razón... pero mucha razón.

—El hombre que como usted—prosiguió don Evaristo—no se deja engatusar por las sabidurías modernas, está en disposición de hacer el bien, pero no el bien de cualquier modo, sino sublimemente ¡caramba! mirando para el cielo, no para la tierra...

Tiempo hacía que Maxi se había dedicado á mirar al cielo.

—Mire usted, Sr. D. Evaristo—dijo sintiéndose lleno y ahito de aquella espiritual substancia, acopiada á fuerza de barajar sus tristezas con las hojas de los libros.—La desgracia me ha hecho á mí volver los ojos á las cosas que no se ven ni se tocan. Si no lo hubiera hecho así, me habría muerto ya cien veces. ¡Y si viera usted qué distinto es el mundo mirado desde arriba á mirado desde abajo! Me parecía á mí mentira que yo había de ver apagarse en mí la sed de venganza y el odio que me embruteció. Y sin embargo, el tiempo, la abstracción, el pensar en el conjunto de la vida y en lo grande de sus fines, me han puesto como estoy ahora.

—Claro... ¿A qué vienen esos odios y esas venganzas de melodrama?—dijo gozoso D. Evaristo.—Para perderse nada más. ¡Dichoso el que

sabe elevarse sobre las pasiones de momento y atemperar su alma en las verdades eternas!

Y para su sayo habló de este modo: «Tan metafísico está este chico, que nos viene como anillo al dedo.»

—En este bulle-bulle de las pasiones de los hombres del día—prosiguió Maxi con cierto énfasis,—llega uno á olvidarse de que vivimos para perdonar las ofensas y hacer bien á los que nos han hecho mal.

—Tiene usted razón, hijo... y dichoso mil veces el que como usted, así, tan jovencito, llega á posesionarse de esa idea y á hacerla efectiva en la vida real.

—La desgracia, un golpe rudo... ahí tiene usted el maestro. Se llega á este estado padeciendo, después de pasar por todas las angustias de la cólera, por los pinchazos que le da á uno el amor propio y por mil amarguras... ¡Ay, señor don Evaristo! Parece mentira que yo esté tan fresco después de haberme creído con derecho á matar á un hombre, después de haberme ilusionado con la idea de cometer el crimen, concluyendo por renunciar á ello. Mi conciencia está hoy tan tranquila no habiendo matado, como firme y decidida estuvo cuando pensé matar... Entonces no veía á Dios en mí; ahora sí que le veo: Créalo usted: hay que anularse para triunfar; decir *no soy nada*, para serlo todo. Feijóo, en vista de estas buenas disposicio-

nes, se fué derecho al bulto. «A un espíritu tan bien fortalecido—le dijo—se le puede hablar sin rodeos. ¿Doña Lupe no ha tratado con usted de cierto asunto...?»

Maximiliano se puso del color de la grana de su embozo, y contestó afirmativamente con embarazo y turbación.

—Por mi parte—añadió D. Evaristo,—haré todo lo que pueda para que esto cuaje. Si ello tiene que suceder. Es lo práctico, amigo mío; y ya que usted es tan místico, conviene que sea un poquito práctico... Por una casualidad intervengo yo en esto... Le advierto á usted que ella desea volver...

—¡Lo desea!—exclamó Rubín, dejando caer el embozo.

—¡Toma! ¿Ahora salimos con eso? Pues si no lo deseara, ¿cómo me había de meter yo en semejante negocio? ¿No comprende usted...?

—Sí... pero... No hay que confundir. El perdón puramente espiritual ó evangélico, ya lo tiene... Pero el otro perdón, el que llamaríamos social, porque equivale á reconciliarse, es imposible.

—Vamos, que no será tanto—dijo para sí don Evaristo, subiéndose el embozo.

—Es imposible—repitió Maxi.

—Piénselo bien; piénselo bien; pregúnteselo á la almohada, compañero... Yo creo que cuando usted madure la idea...

—Me parece que aunque la estuviera madurando diez años...

—En estas cosas hay que poner algo de caridad; no se puede proceder con simple criterio de justicia. Convendría que usted hablase con ella...

—¡Yo!... Pero D. Evaristo...

—Sí, no me vuelvo atrás. Quien tiene ideas como las que usted tiene, ¡caramba!, y sabe sentir y pensar con esa alteza de miras... eso es, con esa espiritualidad de la... pues... de... claro...

—¿Y cree usted que ella me podría dar explicaciones claras, pero muy claras, de todo lo que ha hecho después que se separó de mí?

—Hijo, yo creo que las dará... pero es claro que usted no debe apurar mucho tampoco... Ó hay perdón ó no hay perdón. La caridad por delante, detrás, la indulgencia, y ver si en efecto hay propósitos sinceros de enmienda. Por lo que he oído, me parece que los hay; se lo digo á usted de corazón.

—Yo lo dudo.

—Pues yo no. Juzgue usted mi opinión como quiera. Y sepa que intervengo en esto por pura humanidad, porque se me ha ocurrido no morir sin dejar tras de mí una buena acción, ya que en la cuenta de mi vida tengo tantas malas ó insignificantes. No me gusta meterme en vidas ajenas; pero en este caso, créalo us-

ted... se me ha puesto en la cabeza que á entrambos les conviene volver á unirse.

Ya en este terreno, D. Evaristo se descubrió más:

—Amigo—dijo parándose en la puerta de la botica:—Su mujer de usted me ha parecido una mujer defectuosísima. Aunque la he tratado poco, puedo asegurar que tiene buen fondo; pero carece de fuerza moral. Será siempre lo que quieran hacer de ella los que la traten.

Maximiliano le miraba con ojos atónitos. Lo mismo pensaba él.

—Yo le eché anteayer un largo sermón, recomendándole que se amoldara á las realidades de la vida, que pusiera un freno á aquella imaginacioncilla tan desenvuelta. «Pero, hija mía, es preciso pensar lo que se hace, y dejarse de tonterías.» Yo muy serio. Creo que algo he conseguido. Usted lo ha de ver, compañero. Es lástima que teniendo buen fondo, buen corazón... sólo que algo grande... y careciendo de las malicias de otras, no posea un poco de juicio. Porque con un poco de juicio, nada más que con un poco de juicio, no se pueden hacer las tonterías que ella ha hecho... En fin, hijo, usted dirá que quién me mete á mí á lañador; pero ¿qué quiere usted? á los viejecillos nos gusta arreglar á los jóvenes y marcarles el paso de esta vida para que eviten los tropezones que hemos dado nosotros.

Dijo esto último sonriendo con tal hombría de bien, que Maximiliano se llenó de confusiones. No sabía qué contestar, y sentía que se le apretaba la garganta. Despidióse D. Evaristo, dejando al pobre chico en tal grado de aturdimiento, que durante muchos días hubo de revolver en su mente indigestada los dejos de aquel coloquio que tuvo con el respetable anciano, en una noche fría del mes de Marzo.

Al siguiente día D. Evaristo fué en coche á ver á Fortunata, á quien encontró peinándose sola. Sentándose á su lado, y cogiéndola por un brazo, la llamó á sí y le dió un beso, diciéndole: «El último beso... La aventura del viejo Feijóo ha pasado á la historia... Entraremos pronto en vida nueva, y de esto no quedará sino un recuerdo en mí y otro en ti... Para el público nada. Estas cenizas sólo para nosotros esconden un poco de calor.»

Fortunata, que tenía en cada mano una de las gruesas bandas de sus cabellos negros, apartándolas como si fueran una cortina, no sabía si reír ó echarse á llorar...

—¿Has hablado con él...?—dijo conmovida y al mismo tiempo sonriente.

—Vete acostumbrando á tratarme de usted... —replicó él con cierta severidad.—No se te escape una expresión familiar, porque entonces la echamos á perder. Yo también te trataré de usted delante de gente... Todo acabó... Fortunata,

no soy para ti más que un padre... Aquel que te quiso como quiere el hombre á la mujer, no existe ya... Eres mi hija. Y no es que hagamos un papel aprendido, no; es que tú serás verdaderamente para mí, de aquí en adelante, como una hijita, y yo seré para ti un verdadero papaito. Lo digo con toda mi alma. Yo no soy aquél; yo me moriré pronto, y...

Viéndole que se conmovía, la chulita no pudo aguantar más, y soltó el trapo á llorar. Aquellas admirables guedejas sueltas la asemejaban á esas imágenes del dolor que acompañan á los epitafios. Feijóo hizo un mohín como de persona mayor que quiere dominar una debilidad pueril, y le dijo:

—Pero no, no me avergüenzo de que se me salte una lágrima. Yo juro por Dios, en quien siempre he creído, que el cariño paternal es lo que me la hace derramar. Todo lo que en mí existía de varón, capaz de amar, ha desaparecido; todo murió, y no me queda de ello nada; ni aun siquiera lo echo de menos. Nunca he sido padre; ahora siento que lo soy... y mi corazón se llena de afectos desconocidos, tan puros, pero tan puros...

La prójima no había visto nunca á su amigo tan vencido de la emoción. Tenía los ojos húmedos y le temblaban las manos. Sujetóse ella en la coronilla con una correa negra las crenchas de su abundante cabello, porque no era po-

sible repicar y andar en la procesión; no podía peinarse y al mismo tiempo celebrar, entre lágrimas y castos apretones de mano, la santificación de las relaciones que entre ambos habían existido. Poco á poco se serenaron; D. Evaristo la hizo sentar á su lado en el sofá, y con voz clara y firme le habló de esta manera:

—Me parece que esto se arregla. ¡Cuánto me gustaria morirme dejándote en una situación normal y decorosa!... Bien veo que no es fácil que tu marido te sea simpático; pero eso no es inconveniente invencible. Hay que transigir con las formas, y tomar las cosas de la vida como son. ¿Y quién te dice que tratándole algo no llegues á tenerle afecto? Porque él es bueno y decente. Anoche le vi, y no me ha parecido tan raquítico. Ha engordado; ha echado carnes, y hasta me pareció que tiene un aire más arrogante, más...

Sonriendo tristemente, expresaba la joven su incredulidad.

—En fin, tú lo has de ver. Y en último caso, hay que conformarse. La vida regular y el transigir con las leyes sociales tienen tal importancia, que hay que sacrificar el gusto, hija mía, y la ilusión... No digo que se sacrifique todo, todo el gusto y toda la ilusión; pero algo, no lo dudes, algo hay que sacrificar. De tener un marido, un nombre, una casa decente, á andar con la *alquila* levantada, como los simones, á éste

tomo, á éste deajo, va mucha diferencia para que no te pares á pensar bien lo que haces... Vamos á ver. Es preciso preverlo todo. Yo te voy á presentar los dos casos que se te pueden ofrecer en tu vida legal, y para los dos te voy á dar mi consejo franco, leal, con un gran sentido de la realidad. Primer caso: supongamos que al poco tiempo de vivir con Maximiliano encuentras que el muchacho se porta bien contigo, vas viendo sus buenas cualidades, que se manifiestan en todos los actos de la vida, y supongamos también que le vas teniendo algún cariño...

Fortunata tenía la mirada fija en un punto del suelo, como una espada, tan bien hundida que no la podía desclavar. Seguro de que le oía, aunque no le miraba, Feijóo siguió hablando despacio, poniendo pausas entre las cláusulas.

—Supongamos esto... Pues tu deber en tal caso es esforzarte en que ese cariño... llamémosle amistad, se aumente todo lo posible. Trabaja contigo misma para conseguirlo. ¡Ah!, hija mía, el trato hace milagros; la buena voluntad también los hace. Evita al propio tiempo la ociosidad, y verás cómo lo que te parece tan difícil te ha de ser muy fácil. Se han dado casos, pero muchos casos, de mujeres unidas por fuerza á un hombre aborrecido, y que le han ido tomando ley poquito á poco, hasta llegar á ponerse más tiernas que la manteca. No digo nada si tienes chiquillos, porque entonces...

—¡Lo que es eso...!—indicó con viveza Fortunata.

—¡Mira qué tonta! ¿Y qué sabes tú? No se puede asegurar tal cosa. La Naturaleza sale siempre por donde menos se piensa... Y con chiquillos, ya llevas más de la mitad del camino andado para llegar al sosiego que te recomiendo, pues en criarlos y en cuidarlos se te desgastará el sentimiento que de sobra tienes en esa alma de Dios, y te equilibrarás, y no harás más tonterías... Bueno; ya hemos hablado del primer caso, que es el mejor; pasemos al segundo. Te lo presento en la previsión de que falle el primero, lo que bien pudiera suceder. Vamos allá...

Fortunata esperaba con ansia la exposición del segundo caso; pero Feijóo lo tomaba con calma, pues se quedó buen rato meditando, con el ceño fruncido y la vista fija en el suelo.

—Lo mejor—prosiguió—es lo que acabo de decirte; pero cuando no se puede hacer lo mejor, se hace lo menos malo... ¿me entiendes? Suponiendo que no te sea posible encariñarte con ese bendito, y que ni el trato ni las buenas prendas de él te lo hagan menos antipático; suponiendo que la vida llegue á serte insoportable y... Vaya que esto es temerario, y se necesita de toda mi entereza para aconsejarte. Pero yo, antes que todo, veo lo práctico, lo posible, y no puedo aconsejar á nadie que se deje morir ni

que se suicide. No se deben imponer sacrificios superiores á las fuerzas humanas. Si el corazón se te conserva en el tamaño que ahora tiene, si no hay medio de recortarlo, si se te pronuncia, ¿qué le vamos á hacer? Dentro del mal, veamos qué es lo mejor entre lo peor y...

Feijóo rebuscaba las palabras más propias para expresar su pensamiento. Las ideas se le alborotaron un poco y necesitó someterlas para no embarullarse. Dando un gran suspiro, se pasó la mano por la cabeza, perdida la vista en el espacio. Saliendo al fin de su perplejidad, dijo con voz cautelosa:

—Y en un caso extremo, quiero decir, si te ves en el disparadero de faltar, guardas el decoro, y habrás hecho el menor mal posible... El decoro, la corrección, la decencia, este es el secreto, compañera.

Detúvose asustado, á la manera del ladrón que siente ruido, y se volvió á poner la mano sobre la cabeza, como invocando sus canas. Pero sus canas no le dijeron nada. Al punto se envalentonó, y recobró la seguridad de su lenguaje, diciendo: «Tú eres demasiado inexperta para conocer la importancia que tiene en el mundo la forma. ¿Sabes tú lo que es la forma, ó mejor dicho, las formas? Pues no te diré que éstas sean todo; pero hay casos en que son casi todo. Con ellas marcha la sociedad, no te diré que á pedir de boca, pero sí de la mejor manera que puede

marchar. ¡Oh!, los principios son una cosa muy bonita; pero las formas no lo son menos. Entre una sociedad sin principios y una sociedad sin formas, no sé yo con cuál me quedaría.»

X

Fortunata había comprendido. Hacia signos afirmativos con la cabeza, y cruzadas las manos sobre una de sus rodillas, imprimía á su cuerpo movimientos de balancín ó remadera.

A Feijóo le había costado algún trabajo arrancarse á exponer su moral en aquellas circunstancias, porque en la conciencia se le puso un nudo, que le apretó durante breve rato; pero al punto lo deshizo, evocando las teorías que había profesado toda su vida. Lanzado, pues, el concepto más peligroso, siguió luego como una seda, sin nudo y sin tropiezo:

—Ya sabes cuáles son mis ideas respecto al amor. Reclamación imperiosa de la Naturaleza... La Naturaleza diciendo *augmentame*... No hay medio de oponerse... La especie humana que grita *quiero crecer*... ¿Me entiendes? ¿Hablo con claridad? ¿Necesitaré emplear parábolas ó ejemplos?

Fortunata entendía, y seguía balanceándose de atrás adelante, acentuando las afirmaciones con su cabeza despeinada.

—Pues no te digo más. Esto es muy delicado; tan delicado como una pistola montada al pelo, con la cual no se puede jugar. Siempre es preferible el primer caso, el caso de la fidelidad, porque de este modo cumples con la Naturaleza y con el mundo. El segundo término te lo pongo como un *por si acaso*, y para que... pon en esto tus cinco sentidos... para que si te ves en el trance, por exigencias irresistibles del corazón, de echar abajo el principio, sepas salvar la forma...

Aquí volvió mi hombre á sentir el nudo, pero evocando otra vez su filosofía de tantos años, lo desató.

—Hay que guardar en todo caso las santas apariencias, y tributar á la sociedad ese culto externo sin el cual volveríamos al estado salvaje. En nuestras relaciones tienes un ejemplo de que cuando se quiere el secreto se consigue. Es cuestión de estilo y habilidad. Si yo tuviera tiempo ahora, te contaría infinitos casos de pecadillos cometidos con una reserva absoluta, sin el menor escándalo, sin la menor ofensa del decoro que todos nos debemos... Te pasmarías. Oye bien lo que te digo, y apréndetelo de memoria. Lo primero que tienes que hacer es sostener el *orden público*, quiero decir, la paz del matrimonio, respetar á tu marido y no consentir que pierda su dignidad de tal... Dirás que es difícil; pero ahí está el talento,

compañera... Hay que discurrir, y sobre todo, penetrarse bien del propio decoro para saber mirar por el ajeno... Lo segundo...

Aquí D. Evaristo se acercó más á ella, como si temiera que alguien le pudiese oír, y con el dedo índice muy tieso iba marcando bien lo que le decía.

—Lo segundo es que tengas mucho cuidado en elegir: esto es esencialísimo; mucho cuidado en ver con quién... en ver á quién...

La conclusión del concepto no salía, no quería salir. Viéndole Fortunata en aquel apuro, acudió á remediarlo, diciendo: «Comprendido, comprendido.»

—Bueno, pues no necesito añadir nada más... porque si caes en la tentación de querer á un hombre indigno, adiós mi dinero, adiós decoro... Y lo último que te recomiendo es que si logras conseguir que no pueda tentarte otra vez el mameluco de Santa Cruz, habrás puesto una pica en Flandes.

Dicho esto, el anciano se levantó, y tomando capa y sombrero, se dispuso á marcharse. De la puerta volvió hacia Fortunata, y alzando el bastón con ademán de mando, le dijo:

—Repito lo de antes. Aquello se acabó... y ahora soy tu padre; tú mi hija... trátame de usted... ocupemos nuestros puestos... aprendamos á vivir vida práctica... Por de pronto, serenidad, y concluye de peinarte, que es tar-

de. Yo me voy, que tengo mucho que hacer.

Metióse el original moralista en su simón, y apenas había llegado á la Plaza de los Carros, empezó á sentir en su alma una inquietud inexplicable. Y tras la inquietud moral vino un cierto malestar físico, con algo de temblor y escalofríos, acompañado de terror supersticioso... Pero no podía definir la causa del miedo... El coche corría por la Cava Alta, y Feijóo se sentía cada vez peor. De improviso sintió como una vibración intensísima en su interior, y un relámpago á manera de lanceta fugaz atravesóle de parte á parte. Creyó que una desconocida lengua le gritaba: «¡Estúpido, vaya unas cosas que enseñas á tu hija!...» Extendió la mano para detener al cochero y decirle que volviera á la calle de Tabernillas; pero antes de realizar aquel propósito, cesó la trepidación que en su alma había sentido, y todo quedó en reposo... «¡Qué debilidades!—pensó;—éstas son chocheces y nada más que chocheces.. ¿Pues no se me ocurrió volver allá para desdecirme? No te reselles, compañero, y sostén ahora lo que has creído siempre. Esto es lo práctico, es lo único posible... Si le recomendara la virtud absoluta, ¿qué sería? Sermón absolutamente perdido. Así al menos...»

Y siguió tan satisfecho.

Con el ajetreo que traía aquellos días, en los cuales hizo dos visitas á doña Lupe, celebró

muchas conferencias con Juan Pablo y otra muy sustanciosa con Nicolás Rubín, que andaba desalado detrás de una canonjía, tuvo el buen señor una recaída en su enfermedad. Una tarde de fines de Marzo se sintió tan mal, que hubo de retirarse á su casa y se acostó. Doña Paca advirtió en él, juntamente con los síntomas de agravación, cierta alegría febril, lo que juzgó de malísimo agüero, pues si su amo se volvía niño ó demente cuando tan malito estaba, señal era esto de la proximidad del fin. Toda la noche estuvo dando vueltas de un lado para otro, queriendo levantarse y renegando de que le tuvieran prisionero en la cárcel de aquellas malditas sábanas. A la madrugada se nublaron sus sentidos, y á punto de perder el conocimiento se despidió del mundo sensible con este varonil concepto, que apenas salió del magín á los labios: «Ya me puedo morir tranquilo, puesto que he sabido arrancarle al demonio de la tontería el alma que ya tenía entre sus uñas...»

Doña Paca y el criado, creyendo que su amo se quedaba en aquel espasmo, empezaron á dar chillidos; llamaron al médico, dieron al señor muchas friegas, y por fin volviéronle á la vida. Todos se pasmaron de verle risueño y de oírle afirmar que no le dolía nada y que se sentía bien y contento. Mas á pesar de esto, el doctor puso muy mala cara, pronosticando que la debilidad cerebral y nerviosa acabaría pronto con

el enfermo. Por más que éste se envalentonó, no pudo levantarse y las fuerzas le iban faltando. Carecía en absoluto de apetito. Los amigos que aquel día le acompañaban, convinieron en decirle de la manera más delicada que se preparase espiritualmente para el traspaso final, ocupándose del negocio de salvar su alma. Creyeron los más que D. Evaristo se alborotaría con esto, pues siempre hizo alarde de librepensador; mas con gran sorpresa de todos, oyó la indicación del modo más sereno y amable, diciendo que él tenía sus creencias, pero que al mismo tiempo gustaba de cumplir toda obligación consagrada por el asentimiento del mayor número. «Yo creo en Dios—dijo,—y tengo acá mi religión á mi manera. Por el respeto que los hombres nos debemos los unos á los otros, no quiero dejar de cumplir ningún requisito de los que ordena toda sociedad bien organizada. Siempre he sido esclavo de las buenas formas. Traiganme ustedes cuantos curas quieran, que yo no me asusto de nada, ni temo nada, y no desentono jamás. No descomponerse; ese es mi tema.»

Todos los presentes se maravillaron al oírle, y aquel mismo día se le administraron los Sacramentos. Después se puso mucho mejor, lo cual dió motivo á que le dijeran, como es uso y costumbre, que la religión es medicina del cuerpo y del alma. Él aseguraba que no se moría de

aquel arrechucho, que tenía siete vidas como los gatos, y que era muy posible que Dios le dejase tirar algún tiempo más para permitirle ver muchas y muy peregrinas cosas. Así fué en efecto, pues en todo el año '75 que corría no se murió el filósofo práctico.

Durante la convalecencia de aquel ataque, no permitió que Fortunata fuese á verle. Le escribía algunas cartitas, reiterándole sus consejos y dándole otros nuevos para el día ya próximo en que la reconciliación debía efectuarse. Al propio tiempo se ocupaba en la revisión de su testamento, y en tomar varias disposiciones benéficas que algunas personas habían de agradecerle mucho. Tenía un pequeño caudal repartido en diferentes préstamos hechos á amigos menesterosos. Algunos le habían firmado pagarés de mil, de dos y hasta de tres mil reales. Todos estos papeles fueron rotos. Dispuso cómo se habían de repartir las alhajas que tenía, algunas de bastante valor, sortijas con hermosos solitarios, botonaduras, y además cajitas primorosas de marfil y sándalo que había traído de Filipinas, una hermosa espada, dos ó tres bastones de mando con puño de oro. Hizo la distribución de todo, con un acierto que declaraba su gran delicadeza y el aprecio que hacía de las amistades consecuentes.

Respecto á Fortunata lo dispuso tan bien que no cabía más. No le dejaba en su testa-

mento más que algunos regalitos, llamándola *ahijada*; pero, por medio de un agente de Bolsa muy discreto, se hizo una operación en que la chulita figuraba como compradora de cierta cantidad de acciones del Banco, dándole además, de mano á mano, algunas cantidades en billetes. No olvidó por esto D. Evaristo á sus parientes, que eran dos sobrinas, residentes la una en Astorga, la otra en Ponferrada. Ambas quedaban muy bien atendidas en el testamento; y en cuanto á los socorros que anualmente les enviaba, no perdió aquel año la memoria de esta obligación, á pesar de los muchos quebraderos de cabeza que tuvo. Doña Paca y los dos criados también se llevarían un pellizco el día en que el amo faltara.

Indicáronle los clérigos de la parroquia si no dejaba algo para sufragios por su alma, y él, con bondadosa sonrisa, replicó que no había olvidado ninguno de los deberes de la cortesía social, y que para no desafinar en nada, también quedaba puesto el rengloncito de las misas.

Fué á verle una tarde Villalonga, y lo primero que le dijo Feijóo, mientras se dejaba abrazar por él, fué esto: «Pero hombre, ¿será usted tan malo que no le dé la canonjía á mi recomendado?»

—Por Dios, querido patriarca, tengamos paciencia... Haré lo que pueda. Le puse una carta muy expresiva á Cárdenas mandándole la nota.

Pero considere usted que es un arco de iglesia. ¡Canonjía! Para mí la quisiera yo.

—Y para mí también... Pero, en fin, ¿puede ser ó no? Es un cleriguito de las mejores condiciones.

—Lo creo... ¡pero qué quiere usted! Estos cargos son muy solicitados, y cuando vaca uno, hay cuatrocientos curas con los dientes de este tamaño.

—Sí, pero mi presbítero es un cura apreciableísimo, un santo varón... Como que ayuna todos los días...

—Ya... será un bacalao ese padre Rubín. ¿No le dí ya á usted una credencial de Penales para un Rubín? Usted por lo visto protege á esa familia.

—Yo no protejo familias, niño. Déjese usted de protecciones... Sólo que me intereso por las personas de mérito.

—Por mí no ha de quedar. Le daré otro achuchón á Cárdenas. Pero, lo que digo: son plazas que tienen muchos golosos. Los pretendientes explotan el valimiento y la influencia de las señoras. Casi siempre son las faldas las que deciden quién se ha de sentar en los coros de las catedrales.

—Pues suponga usted, compañero, que yo tengo faldas, que soy una dama... ea.

—Pero si yo no lo he de decidir...

Mire usted que si no me nombra mi canó-

nigo, no me muero, y le estaré atormentando meses y meses.

—Mejor... Viva usted mil años.

—¿Y esas elecciones, van bien?

—Como un acero. Tengo allá un padre cura que vale un imperio. Me está haciendo unos arreglos en el distrito, que Dios tirita, y tirita toda la Santísima Trinidad. Ese sí que merece, no digo yo canonjías, sino siete mitras.

—Le conozco, el *Pater*... Fué capellán de mi regimiento.

Villalonga se despidió reiterando sus buenos deseos respecto á Nicolás Rubin.

—¡Eh, Jacinto, por Dios, una palabra!—dijo D. Evaristo llamándole cuando ya estaba en la puerta.—Por Dios y todos los santos, no me olvide usted á ese desdichado... al pobre Villaamil, á ese que llaman *Ramses II*.

—Está recomendado en una nota de *indispensables*. Conque más no puedo hacer.

—Mire usted que no me deja vivir... Todos los días viene tres veces. La noche que me dieron el Viático, en el momento aquél miré para este lado, y lo primero que vi fué á *Ramses II*, con una vela en la mano. ¡Cómo me miraba el infeliz!... Creo que no me morí de tanto como rezó Villaamil pidiendo á Dios que viviera.

—Podrá sér... No le olvidaré. Abur, abur.

Y D. Evaristo se quedó solo, pensativo y dul-

cemente ensimismado, saboreando en su conciencia el goce puro de hacer á sus semejantes todo el bien posible, ó de haber evitado el mal en la medida que la Providencia ha concedido á la iniciativa humana.